

## TALLER DE INVESTIGACIÓN PERIODÍSTICA DE AFINA

### *Terroristas*, de Robert Fisk (1982 / 2001)

Las moscas nos lo hicieron notar. Había millones, con su zumbido casi tan elocuente como el olor. Grandes como botellas azuladas, nos cubrían al principio sin notar la diferencia entre vivos y muertos. Si nos quedábamos parados escribiendo en nuestros cuadernillos, se asentaban como un ejército –había legiones- en la blancura de las hojas, las manos, los brazos y caras, congregándose alrededor de los ojos y la boca, moviéndose de cuerpo en cuerpo, desde los muchos muertos a los pocos vivos, de cadáver a reportero, sus pequeños cuerpos verdes revoloteaban excitadamente al encontrar carne fresca sobre la que asentarse y cebarse.

Si no nos movíamos deprisa, nos picaban. La mayoría se agrupaba alrededor de nuestras cabezas, esperando a que asumiéramos la generosa quietud de la muerte. Las devotas moscas formaban nuestro único enlace con las víctimas a nuestro alrededor, recordándonos que aún hay vida en la muerte. Alguien se beneficia. Las moscas eran imparciales. No importaba lo más mínimo que los cadáveres fueran las víctimas de un asesinato en masa. Las moscas hubieran hecho lo mismo con los cuerpos de cualquier comunidad. Sin duda, así fue en las calurosas tardes de la Gran Plaga.

Al principio no usamos la palabra *masacre*. Hablábamos poco porque las moscas se agolpaban concienzudamente sobre nuestras bocas. Teníamos pañuelos cubriéndolas, y luego pegamos el paño a nuestras narices también, porque las moscas se movían por toda la cara. Si el olor a muerte de Sidón era nauseabundo, la peste en Chatila nos daba espasmos en el estómago. (...) Después de unos minutos, también nosotros empezamos a oler a muerte.

Estaban por todas partes, en la carretera, en los arcenes, en los jardines traseros y en habitaciones destartaladas, debajo de escombros de piedra y por encima de los cubos de basura. Los asesinos –las milicias cristianas [*Christian Militiamen* del Líbano] que los israelíes habían dejado entrar en el campo de refugiados para “barrer a los terroristas”- acababan de irse. En algunos casos, la sangre todavía estaba húmeda en el suelo. Cuando habíamos visto cien cadáveres, paramos de contar. En cada callejón, había cuerpos –mujeres, hombres jóvenes, bebés y abuelos –tendidos juntos en una terrible y perezosa profusión en la que habían sido acuchillados o ametrallados. Cada pasillo de entre los escombros mostraba más cadáveres. Los pacientes en un hospital palestino habían desaparecido después de que los hombres armados ordenaran a los médicos salir. Por todas partes encontramos signos de

enterramientos en masa hechos de manera rápida y sin cuidado. Quizás mil personas habían sido aniquiladas; probablemente mil quinientas.

Incluso cuando estábamos allí, en mitad de la evidencia de tal salvajada, podíamos ver a los israelíes mirándonos. Desde lo alto de un bloque al oeste –el segundo edificio de la Avenida Camilla Chamoun– podíamos verlos observándonos fijamente con sus prismáticos, buscando cadáveres de arriba a bajo, las lentes reflejaban ocasionalmente el sol. Loren Jenkins<sup>1</sup> maldecía constantemente. Pensé que era la forma en que controlaba su sentimiento de náusea entre el olor. Todos queríamos vomitar. Respirábamos muerte, e inhalábamos toda la putrefacción de los cuerpos hinchados alrededor nuestra. Jenkins se dio cuenta de que el ministro de interior, Ariel Sharon, tendría que tomar responsabilidades por tal horror. “Sharon!” gritó. “Ese cabronazo de Sharon! Esto es como un Deir Yassin.”<sup>2</sup>

Lo que encontramos dentro del campamento de Chatila a las diez en punto de la mañana del 18 de septiembre de 1982 no suplica descripciones, pero hubiera sido más fácil contarlo con la fría prosa de un examen médico. Ha habido masacres anteriormente en el Líbano, pero raramente a tal escala y nunca supervisadas por un reconocido, supuestamente disciplinado ejército. Entre el pánico y odio de esta guerra, miles de decenas de personas han sido asesinadas en este país. Pero esta gente, cientos de ellos, han sido fusilados desarmados. Esto era una matanza de masas, un incidente –con qué facilidad utilizamos la palabra ‘incidente’ en el Líbano– que también era atrocidad. Iba más allá de lo que los israelíes hubieran llamado en diferentes circunstancias una atrocidad terrorista. Era un crimen de guerra.

Jenkins, Tveit<sup>3</sup> y yo estábamos tan sobrecogidos por lo que acabábamos de ver en Chatila que no registramos nuestro propio sobresalto. Hill Foley de la AP [Associate Press, agencia de noticias norteamericana] había venido con nosotros. Lo único que decía una y otra vez según caminaba era “¡Dios Santo!” Hubiéramos aceptado la evidencia de unos cuantos cadáveres, quizás unas cuantas docenas, debido a un violento combate. Pero había mujeres tiradas en el suelo de sus casas con sus faldas subidas hasta la cintura y sus piernas abiertas, niños con las gargantas cortadas, grupos de jóvenes disparados en la nuca, después de haber sido alienados contra un paredón. Había bebés –ennegrecidos, por que habían sido

<sup>1</sup> Corresponsal de Washington Post

<sup>2</sup> Pueblo palestino donde miembros de la organización paramilitar judía Irgún masacró a 250 árabes, la mitad mujeres y niños, en abril de 1948.

<sup>3</sup> Kasten Tveit de la radio Noruega

masacrados 24 horas antes y ya estaban en estado de descomposición– tirados en montones de basura junto con latas de racionamiento americanas, equipo médico israelí y botellas vacías de güisqui.

¿Dónde estaban los asesinos? O, para usar el vocabulario israelí, ¿dónde estaban los ‘terroristas’? Cuando bajamos a Chatila, habíamos visto a los israelíes en la cima de los apartamentos de la Avenida Camilla Chamoun, pero no hicieron nada para pararnos. En realidad, habíamos ido primero al campamento de Bourj al-Barajneh porque se nos dijo que había habido una masacre allí. Todo lo que vimos fue a un soldado libanés persiguiendo a un ladrón de coches carretera abajo. Fue sólo al volver, pasando por el campamento de Chatila, cuando Jenkins decidió parar el coche. “No me gusta esto,” dijo. “¿Dónde está todo el mundo? ¿De dónde viene ese olor?”

En la entrada sur del campamento solía haber unas cuantas casas de un piso de altura con paredes de hormigón. Había hecho muchas entrevistas en esas casas durante los 70. Cuando caminamos a través de la embarrada entrada de Chatila, nos encontramos que todos estos edificios habían sido dinamitados. Había cajetillas de cartuchos esparcidos por la calle principal. Yo vi varias bengalas israelíes todavía ancladas a sus pequeños paracaídas. Nubes de moscas revoloteando entre los escombros, partícipes atacantes con un buen olfato para la victoria.

En una callejuela a nuestra derecha, a no más de 50 yardas de la entrada, yacían un montón de cadáveres. Había más de una docena, jóvenes cuyos brazos y piernas se habían entrelazado en la agonía de la muerte. Todos habían sido disparados a sangre fría a través del pómulo, pero la bala se había llevado tiras de carne hasta la oreja al entrar en el cerebro. Algunos tenían vívidas cicatrices negras y carmesí en la parte derecha de sus gargantas. Se había castrado a uno, con sus pantalones rajados por la mitad y un montón de moscas zumbando sobre sus intestinos retorcidos.

Sus ojos estaban abiertos. El más joven tenía 13 ó 14 años. Llevaban puestos vaqueros y camisas de colores, las telas absurdamente apretadas a sus cuerpos ahora que habían empezado a hincharse por el calor. No se les había robado. En una ennegrecida muñeca, un reloj suizo marcaba el tiempo correcto, la manecilla de los segundos continuaba dando vueltas inútilmente.

Al otro lado de la carretera, en una cobertura entre los derribos, encontramos los cuerpos de cinco mujeres y varios niños. Las mujeres eran de edad media y sus cuerpos se entremezclaban con los escombros. Una de ellas estaba de espaldas, su vestido desgajado y la

cabeza de una niña pequeña se elevaba detrás de ella. La niña tenía el pelo corto negro y enrizado, sus ojos nos miraban atentamente, como si frunciera el ceño. Estaba muerta. Otra niña yacía en la carretera como una muñeca tirada, con su vestido blanco cubierto de barro y polvo. No tenía más de tres años. Su nuca había explotado (...). Una de las mujeres sostenía a un bebé contra su cuerpo. La bala que había pasado a través de su pecho había matado al bebé también. Alguien había abierto en canal su estómago, primero de lado a lado, luego de arriba a bajo, quizás intentando matar al niño no nacido. Sus ojos se habían quedado completamente abiertos, con una horrorosa expresión en su cara oscura.

Tveit trató de grabar todo, mientras hablaba despacio y sin emoción en noruego. ‘Me he encontrado con otro cuerpo, el de una mujer con un bebé. Están muertas. Hay tres mujeres más. Están muertas...’ “ De vez en cuando ponía la pausa y se doblaba para vomitar, yendo más allá de la mugre, en la carretera. Foley, Jenkins y yo exploramos una estrecha avenida y oímos el sonido de un vehículo de tracción. “Todavía están aquí,” dijo Jenkins, y me miró firmemente. Los asesinos todavía estaban aquí, en el campamento. La primera preocupación de Foley fue que las milicias podían quitarnos la cinta, la única evidencia –suponíamos– de lo que había ocurrido. Salió corriendo calle abajo.

Jenkins y yo teníamos preocupaciones más siniestras. Si los asesinos todavía estaban en el campamento, eran los testigos más que las evidencias fotográficas lo que desearían destruir. Vimos una puerta de metal a medio abrir; la empujamos y nos colamos en un patio, cerrándola cuidadosamente tras nosotros. Oímos al vehículo aproximarse por una calle vecina, sus ruedas craqueando contra el asfalto. Nos miramos llenos de miedo y supimos que no estábamos solos. *Sentimos* la presencia de otro ser humano. Estaba justo detrás de nosotros. Una joven mujer atractiva, tendida sobre su espalda.

Yacía allí como si estuviera tomando el sol, al calor, con la sangre todavía húmeda brotando desde su espalda. Los asesinos acababan de irse. Y estaba allí, pies juntos, brazos abiertos, como si hubiera visto a su salvador. Tenía una apacible expresión en la cara, sus ojos cerrados, una mujer preciosa con una especie de halo alrededor de su cabeza. Había ropa colgada por encima de ella, pantalones de niños y algunos calcetines pinzados en la cuerda. Debió haber estado colgando la ropa cuando los asesinos aparecieron. Al caer, las pinzas de su mano se extendieron sobre el suelo y habían formado un extraño círculo de madera alrededor de su cabeza.

Sólo el insignificante agujero en su pecho y la creciente mancha bajo su espalda delataban su muerte. Ni siquiera las moscas habían encontrado su cuerpo todavía. Pensaba

que Jenkins estaba rezando, pero estaba maldiciendo y murmurando “¡Dios mío!” entre los palabras. Lo sentí de veras por ella. Quizás era fácil sentirse mal por alguien tan joven, tan inocente, alguien cuyo cuerpo no había empezado a pudrirse. Continué mirándola a la cara, la ordenada forma en que había quedado debajo de la cuerda, esperando a que abriera sus ojos.

Debió haberse escondido en su casa cuando oyó los disparos en el campamento. Debió haber escapado de la atención de los militares ayudados por los israelíes hasta la siguiente mañana. Luego, caminó hacia el patio, no oyó ningún disparo, asumió que las complicaciones habían terminado y se puso a hacer sus labores diarias. No podía haber sabido lo ocurrido. Luego, la puerta del patio debió abrirse y los asesinos entraron y la mataron. Nada más que así. Ellos acabarían de irse nada más que nosotros llegamos, uno o dos minutos después.

Nos quedamos en el patio unos cuantos minutos. Estábamos aterrorizados. Como Tveit, que había desaparecido temporalmente, Jenkins era un superviviente nato. Me sentía seguro con él. Los militares, los asesinos de esta chica, habían violado y acuchillado a las mujeres de Chatila y fusilado a los hombres, pero creo que hubieran dudado en matar a Jenkins, un americano que intentaría calmarles amablemente. “Larguémonos de aquí,” dijo, y así hicimos. Echó un vistazo a la calle, le seguí, y cerré la puerta cuidadosamente para no despertar a la fallecida que dormía con su halo de pinzas de ropa.

Foley había vuelto a la calle cerca de la entrada del campamento. El vehículo de cadenas se había marchado, aunque todavía se le oía en la carretera principal, subiendo hacia los israelíes, que continuaban mirándonos. Jenkins oyó a Tveit que llamaba desde detrás de un montón de cuerpos y le perdí de vista. Dejamos de vernos entre los cuerpos. Podía estar hablando a Jenkins en un momento dado, y al darme la vuelta me encontraba dirigiéndome a un hombre joven, doblado hacia atrás sobre el pilar de una casa, sus brazos colgando detrás de la cabeza.

Podía oír a Jenkins y Tveit a unas cien yardas, al otro lado de la barricada cubierta de tierra que acababa de ser amontonada por un buldózer. Era de unos 4 metros de altura y me costó llegar arriba, mis pies se resbalaban sobre la mugre. Casi en la cima, perdí el equilibrio y para ayudarme me agarré a una piedra oscura y roja que sobresalía de la tierra. Pero no era una piedra. Estaba húmeda y caliente, y se me pegó a la mano, cuando miré bien, me di cuenta de que era un hombro humano que descollaba del suelo.

Lo solté horrorizado, limpiándome la carne muerta en los pantalones, y brinqué los últimos metros a la cima. Pero el olor era espantoso y, a mis pies, una cara que parecía haber

perdido la mitad de su boca. Una bala o un cuchillo la había desgajado y lo que quedaba de ella era un nido de moscas. Intenté no mirar. Podía ver a Jenkins y Tveit a lo lejos, rodeados de cuerpos, pero no podía gritar porque sabía que me entrarían ganas de vomitar.

Caminé sobre la cima de la barricada, buscando desesperadamente un sitio al que saltar al otro lado. Pero cada vez que daba un paso, la tierra se movía debajo de mí. Todo el banco de mugre cambiaba y vibraba con mi peso de una forma temible, y cuando miré de nuevo, vi que la tierra era sólo una cobertura para extremidades y caras. Una gran piedra resultó ser un estómago. Podía ver la cabeza de un hombre, el pecho desnudo de una mujer, los pies de un niño. Caminaba sobre docenas de cadáveres que se movían bajo mis pies.

Los cuerpos habían sido enterrados a toda prisa. Habían sido puestos a un lado de la carretera. De hecho, cuando miré arriba, pude ver un bulldózer parado culpablemente en la carretera, el sitio del conductor vacío.

Intenté en vano no pisar las caras que estaban debajo de mí. (...) No paraba de decirme que estos monstruosos cadáveres no eran enemigos, que esta gente muerta estarían de acuerdo en que yo estuviera aquí, querrían que Jenkins y Tveit y yo viéramos esto y que, por lo tanto, no debería estar asustado. Pero nunca había visto tantos cadáveres.

Salté al suelo y corrí hacia Jenkins y Tveit. Creo que sollozaba de una forma rara porque Jenkins empezó a mirar al rededor, sorprendido. Pero según abrí la boca para hablar se me llenó de moscas. Las espanté. Tveit estaba vomitando. Había estado mirando a lo que parecían sacos contra una valla de piedra. Estaban en línea, hombres jóvenes y niños, tumbados horizontalmente. Habían sido ejecutados, fusilados de espaldas contra la pared, y habían quedado, patética y terriblemente, allí donde habían caído.

Esta pared y su montón de cuerpos nos recordaba a algo que todos habíamos visto. Sólo después nos dimos cuenta de la afinidad que tenía con esas viejas fotos de las ejecuciones producidas durante la segunda guerra mundial en la Europa ocupada. Había unos doce o veinte. Algunos sobre otros. Cuando me agaché para verlos más de cerca, noté la misma cicatriz oscura en la parte derecha de la garganta. Los asesinos deben haber marcado a sus víctimas de este modo. Córtales la garganta con un cuchillo y el hombre está sentenciado, un “terrorista” para ser ejecutado inmediatamente.

Según estábamos allí, oímos unos gritos en árabe de entre las ruinas. “Están volviendo,” gritaba un hombre. Así que corrimos llenos de miedo hacia la carretera. Ahora que lo pienso, creo que fue rabia lo que nos impidió que nos fuéramos, porque nos quedamos cerca de la entrada del campamento para ver las caras de los responsables de todo esto.

Deben haber sido mandados aquí con la autorización israelí. Deben haber sido armados por los israelíes. Su trabajito debe haber sido supervisado por ellos, por los mismos que estaban observándonos con sus prismáticos.

Podíamos oír a un vehículo armado detrás de una muralla, hacia el oeste. Quizás era Falangista,<sup>4</sup> quizás israelí, pero no apareció nadie. Así que continuamos caminando. Siempre era lo mismo. En las ruinas de las chacras de Chatila, las familias se habían retirado a sus habitaciones cuando los militares aparecieron por la puerta, y así se habían quedado, escondidos en las camas, acurrucados bajo las sillas, colgados sobre mobiliario de cocina. Muchas de las mujeres habían sido violadas, sus ropas se extendían por el suelo, sus cuerpos desnudos tirados encima de sus padres o hermanos(...).

Había otra calle más adentro en el campamento donde otro bulldózer había dejado sus huellas sobre el barro. Seguimos sus marcas hasta que llegamos a un cuadrado de tierra recién removida de unas cien yardas. Las moscas alfombraban el suelo y de nuevo ese familiar olor, dulce y terrible. Miramos al lugar, sospechosos de lo que en realidad era, una fosa común cavada descuidadamente. Notamos como se hundían nuestros zapatos en la tierra, que tenía un líquido, algo acuoso, y volvimos atrás hacia las marcas de cadenas, horrorizados.

Un diplomático noruego había llegado a la carretera exterior unas horas antes y había visto a un bulldózer con una docena de cadáveres en la pala, brazos y piernas bailando colgados desde el hierro del vehículo. ¿Quién había cavado la tierra con tal eficiencia? ¿Quién conducía el bulldózer? Sólo había una cosa cierta: que los israelíes sabían la respuesta, que lo habían visto y que sus aliados, Falangistas o milicias de Haddad<sup>5</sup>, fueron enviados a Chatila y cometido este acto de homicidio en masa. Éste era el más grave de los actos terroristas, el mayor en escala y en tiempo llevado a cabo por individuos que podían ver y tocar a la gente inocente que estaban matando en la reciente historia de Oriente Medio.

Hubo, increíblemente, sobrevivientes. Tres niños no llamaron desde un tejado y nos dijeron que se habían escondido durante la masacre. Unas mujeres llorando nos gritaron que sus maridos habían sido matados. Todas dijeron que los hombres de Haddad y la Falange [libanesa] eran responsables de ello y dieron certera descripciones de las diferentes insignias con los cedros de dos militares.

---

<sup>4</sup> Basado en los partidos fascistas alemanes e italianos, el partido de derechas de la Falange fue formado por Pierre Gemayel en 1930 para representar a la comunidad Maronita Cristiana del Líbano. Como parte del Frente Cristiano Libanés, la milicia de la Falange combatió contra el Movimiento Nacional Musulmán Libanés en la guerra civil surgida en 1975.

<sup>5</sup> Mayor Saad Haddad, líder de la milicia pro-israelí "Ejército del Sur del Líbano" [South Lebanon Army]

Había más cuerpos en la carretera principal. “Ése era mi vecino, Mr.Nouri,” me gritó una mujer. “Tenía 90 años.” Y allí, en una pila de basura sobre el asfalto, detrás de la mujer, yacía un viejo de barba gris, con un pequeño sombrero de lana todavía en su cabeza. Otro hombre viejo yacía en frente de su puerta en pijama, asesinado unas horas antes mientras intentaba huir a un lugar seguro. Sorprendentemente, también había caballos, tres alazanes blancos ametrallados detrás de una caseta, uno de ellos con una pata por encima de una valla, como intentando saltar al lado seguro según las milicias los disparaban.

Hubo disputas en el campamento. Uno se resbalaba en la carretera cerca de la mezquita de Sabra, llena de cartuchos de bengalas y munición, parte del equipo era de la clase rusa que usaban los palestinos. Los pocos hombres que todavía llevaban un arma habían intentado defender a sus familias. Sus historias nunca se sabrían. ¿Cuándo se dieron cuenta de que su gente estaba siendo masacrada? ¿Cómo pudieron luchar con tan pocas armas? En mitad de la carretera de la mezquita había quedado un modelo de madera, perfectamente tallado, de un Kalashnikov, con su culata partida en dos.

Caminamos de arriba abajo por el campamento, en cada viaje encontrando más cadáveres, tirados contra las paredes, alineados y fusilados. Arriba estaba la mujer con la niña sobre su hombro, ahí está Mr. Nouri otra vez, tirado sobre la basura a un lado de la carretera. En una ocasión, miré especialmente a la mujer con la niña por que pensé que se había movido, había cambiado de postura. Los muertos se estaban convirtiendo en vivos.

Hacia el norte, en la sección Sabra del campamento, algunas mujeres se nos acercaron llorando de miedo y pidiendo ayuda. Sus maridos, hijos y padres habían sido llevados cuando la masare. Algunos ya habían sido encontrados en los paredones, otros no habían aparecido aún. Un corresponsal de Reuters había visto a varios hombres vigilados por soldados israelíes en las ruinas del campo de deportes. Había más periodistas ahora, fotógrafos de periódicos libaneses y diplomáticos. Nos encontramos con dos delegados de la Cruz Roja suiza y les dijimos dónde habíamos encontrado las fosas comunes. El corresponsal de la radio sueca también estaba en el campamento. Encontramos a cientos de los hombres desaparecidos en el estadio, justo como el corresponsal de Reuters nos había dicho. La mayoría eran libaneses –ambos, libaneses y palestinos viven en Sabra– los militares se los llevaban para el interrogatorio. Toda la parte oeste del campo de deportes en ruinas estaba vigilada por hombres uniformados israelíes y operativos del servicio de inteligencia del Shin Bet vestidos de paisano: tipos robustos con Ray-Bans y ametralladores Uzi. También había hombres de las milicias, tres de los cuales llevaban a un hombre atemorizado fuera del

estadio. Los israelíes les dejaban hacer esto. Estaban de acuerdo con este procedimiento. Los israelíes nos explicaron que se trataba de una búsqueda de “terroristas”. Terroristas.

La simple palabra “terroristas” sonaba obscena. Se había convertido en una palabra letal, una palabra que había ayudado a producir esta atrocidad. Jenkins y yo vimos a cientos de prisioneros, de cuclillas o tumbados entre el polvo debajo de la pared del estadio. Caminé entre ellos, ignorando a los israelíes quién, obviamente, debieron pensar que éramos del Shin Bet. Llegué hasta un habitáculo del subsuelo del estadio que se usaba como celda. “Ayúdanos,” dijo un hombre. Un soldado israelí apareció. Prensa, dije. “Fuera de aquí, estos hombres son terroristas.” Pero no lo eran. A unas cuantas yardas, el corresponsal de Reuters encontró a su operador de telex –un libanés cuya casa estaba en Corniche Mazraa– sentado en una de las celdas. Encontramos a un oficial israelí. Un *Tat Aluf*, coronel. Le dijimos que habíamos encontrado al operador de telex. Tenía que ser liberado. Tras muchos ruegos, se nos dio al hombre. El reportero británico de Reuters se lo llevó de allí con echándole el brazo sobre sus hombros.

Llegué a otra de las “celdas”. “Nos llevan uno por uno para interrogarnos,” dijo uno de los prisioneros. “Son los hombres del Haddad. Generalmente traen de vuelta a los hombres, pero no siempre.” Otro coronel israelí apareció, me señaló con el dedo y me ordenó que me fuera. Pero yo quería continuar hablando. Los prisioneros estaban en silencio. ¿Por qué no podían hablar? “Pueden hablar si quieren,” el israelí dijo. “Pero no tienen nada que decir.”

Los cadáveres más cercanos yacían sólo a 500 yardas. El hedor llenaba el aire donde los militares israelíes y los hombres del Shin Bet estaban. Pero seguían hablando de “terroristas.” Era surrealista, grotesco. Jenkins se topó con un oficial que conocía. “Se retiene a esta gente para interrogarlos, son terroristas sospechosos,” decía el israelí. Era irrelevante. Disculpe, disculpe un momento, le dije, pero qué ha ocurrido aquí. Hay cuerpos por todas partes, justo allí –señalé a una parte del estadio– hay montones de ellos. “No sé nada de eso.” Pero puedes *olerlos*. “Lo siento, no tengo información.”

Me volví al soldado. Un hombre alto con pelo corto y negro y algo bronceado, bien hecho, firme. Mira, le dije, perdóname por decirlo de esta forma, pero hay escenas allí que se parecen mucho a Treblinka. Fue la primera comparación que me vino a la cabeza considerando lo que ya había visto. No dije “Treblinka” porque los judíos fueron asesinados allí. Treblinka era un campo de exterminación. El israelí me miró sin emoción alguna.

Intentaba hacerle comprender la enormidad de lo que había pasado, que esto no era sólo un pequeño exceso sino una masacre perpetrada por aliados israelíes bajo los ojos de los israelíes. Intentaba hacerle comprender. ¿Es que no podía oler el aire? Le pregunté. El israelí debería habérmelo discutido. Debería, al menos, haberme señalado que no había comparación alguna entre lo que había ocurrido en Chatila y lo que ocurrió en Treblinka. Pero no lo hizo. Tuvo que pretender que no sabía lo de Chatila.

Jenkins estaba enfadado. “¿Por qué no nos dices lo que ha ocurrido? Ha habido un asesinato en masa aquí. ¿Qué ha pasado? Dínoslo. ¿Dejasteis pasar ayer a las milicias cristianas?” El israelí recordaba a Jenkins. Se dieron las manos. “Pensé que me estabas preguntando algo diferente. No me acuerdo. No tengo ni idea de que ha ocurrido aquí.”

A lo largo de la carretera había una línea de tanques Merkava, con sus tripulaciones sentados en las torretas, fumando, viendo como se llevaban a los hombres en grupos de uno o dos, algunos siendo liberados, otros trasladados fuera de vista por hombres del Shin Bet o por libaneses en túnicas caqui.

Volvimos al campamento. Una mujer palestina se me acercó, sonriendo de una forma dura y cruel. “Han tomado buenas fotos, ¿eh?” Nos preguntó. “¿Tienen buenas historias que contar? ¿Todo bien? Hace un día estupendo, ¿no?” Pensé que iba a maldecirme, pero continuó con su controlado sarcasmo. “Vosotros, periodistas, tomad buenas fotos. Espero que todo os vaya bien. Que tengan un buen día.”

Jenkins se fue para mandar un telegrama a la oficina. Tveit condujo hasta el hotel Commodore para usar el teléfono. Caminé de vuelta a través del campamento con mi pañuelo en la cara, pasando a Mr. Nouri y al otro anciano; a la izquierda de la pared de ejecución, estaban el buldózer vacío, los caballos muertos, la mujer con la niña mirando por encima de su hombro. Sólo cuando me aproximé a la salida de Chatila, la calle que llegaba a la carretera principal, más allá de los árboles, pude ver a una columna de tanques israelí. La desaparegada voz de un oficial israelí vino flotando como entre los árboles desde un megáfono. “Manténganse fuera de las calles,” ordenaba. “Sólo buscamos a terroristas. Manténganse fuera de las calles. No dispararemos.”

Esto era más que grotesco. Los israelíes estaban instruyendo a los muertos que se mantuvieran apartados de las calles. Era ridículo, absurdo, monstruoso. Caminé hasta la puerta con mi pañuelo todavía cubriendo mi cara. La infantería israelí seguía a la columna de tanques. Caminaban justo detrás de la pared del campamento y entonces, cuando alcanzaron

la entrada de Chatila, corrieron por la abertura, con los fusiles preparados, tomando posiciones al otro lado, cubriéndose unos a otros de los “terroristas” fantasma.

El oficial se acercó y me inspeccionó la cara. No hay nada allí, dije. “Le he dado la orden de que se vaya. Haga lo que se le dice,” gritó el soldado. No lo entiende, dije. Todos están muertos. Todos fallecidos. No queda nadie, sólo gente muerta. Tres soldados israelíes aguardaban tras el oficial, mirándome como si estuviera loco. Miré al oficial por que sospeché que él mismo podría estar un poco ido. No, no me iré.

Uno de los tres soldados me puso la mano en el brazo. “Hay terroristas en el campamento, te mataran.” No es verdad, dije. Todos están muertos. ¿No podéis olerlos? El soldado me miró con desdén. De verdad, dije, mujeres y niños han sido asesinados allí. Hay bebés muertos. El soldado levantó su mano desacreditándome. “Te van a matar,” dijo, y marchó.

Empecé a sentirme como uno de esos personajes de una película de misterio que llaman a la policía para informar de un asesinato pero es acusado de inventárselo. Quizás si volviera a Chatila ahora los cuerpos habrían desaparecido, las casetas reconstruidas, sus dueños fallecidos estarían cocinando o echándose la siesta en el calor de la tarde. Me acerqué a una de las líneas de infantería que se aproximaban al campamento y me puse al lado de un soldado aparentemente amigable.

¿Qué está ocurriendo? “No lo sé. No se me permite hablarte.” No, en serio, ¿qué es lo que está ocurriendo? El hombre sonrió. Podía verse que quería ser amistoso. Su uniforme estaba sucio y sostenía su fusil de asalto Galil con tranquilidad, un soldado profesional que estaba cansado y necesitaba amigos. Todos están muertos en el campamento, dije. Mujeres, niños, todos asesinados. “¿Por qué?” Preguntó. Me preguntaba si él lo sabía. “Los cristianos estuvieron aquí,” dijo. ¿Por qué? “No lo sé, no tengo nada que ver con ello. No estaba aquí.” Llegamos a la puerta, él se agachó en guardia.

Incluso este hombre agradable y cordial estaba listo para entrar en acción contra los fantasmas. Entramos en Chatila, esperando en la carretera. ¿Qué obsesión tenían estos hombres? Para mi sorpresa, también se arrodillaron y comenzaron a gatear a través de la entrada y luego a correr hasta el otro lado. (...) ellos, por supuesto, pensaban que estaba chiflado. Creían –tenían la absoluta convicción y certeza– de que había “terroristas” en Chatila.

¿Cómo podría explicarles que los terroristas se habían ido, que vestían uniformes israelíes, que habían sido enviados a Chatila por oficiales israelíes, que las víctimas de los

terroristas no eran israelíes, sino palestinos y libaneses? Lo intenté. Caminé junto a estos soldados y les dije que era periodista y les pregunté sus nombres. Tras unos minutos, se acostumbraron a mi presencia. Conocí a Moshe, Raphael, Benny, todos sostenían sus pesados fusibles al pasar por la calle principal de Chatila, todos suspicaces de los terroristas. Terroristas, terroristas, terroristas. La palabra aparecía en cada frase, como un signo de puntuación. Fue como si ninguna declaración o creencia pudiera ser expresada sin la presencia de “terroristas.”

La línea del ordenador de Associate Press comenzó a funcionar de nuevo al mediodía del domingo. Envié un reportaje largo al *Times* sobre todo lo que había visto en Sabra y Chatila, sobre las milicias cristianas aliadas de Israel, sobre la ignominiosa retirada de las tropas israelíes del perímetro de los campamentos, sobre el colapso de la misión israelí de “ley y orden” para el oeste de Beirut. Los israelíes comenzaron entonces a culpar a los americanos.

Por una vez, brevemente, los palestinos y los israelíes compartían una política común. Ambos culpaban a los americanos. Los palestinos podían al fin tener algo de justicia. Philip Habib<sup>6</sup> había dicho al PLO que los israelíes no entrarían en la parte oeste de Beirut si las guerrillas se iban. Los marines americanos se habían marchado anteriormente –tras sólo 17 días en Beirut– y la promesa americana se había roto cuando los israelíes invadieron el oeste de Beirut. De igual forma las garantías.

Arafat estaba en Damascos cuando se le enseñó el vídeo con los cuerpos. Dijo que Philip Habib había firmado personalmente una página garantizando la protección a los palestinos que se quedaran en el oeste de Beirut. Tenía razón.

En el otoño de 1987 Habib admitió que Arafat estaba en lo cierto. “Lo que Arafat dijo es totalmente verdad,” dijo. “Decía completamente la verdad. Firmé este papel que garantizaba que esta gente [palestinos] del oeste de Beirut no serían lastimados. Tenía garantías específicas de Bashir y de los israelíes, de Sharon. Estaba sentado en mi terraza viendo la bahía de San Francisco cuando oí lo que había pasado. Se me llamó. Llamé al presidente. No recuerdo lo que dije o lo que el presidente dijo. Lo que ocurrió nunca me ha sido comfortable. No, no me comuniqué con Arafat después. No lo necesitaba. Los palestinos sabían lo que pensaba.”

---

<sup>6</sup> Enviado especial del presidente Reagan a el Líbano.

Los palestinos culpaban principalmente a los israelíes, no sin razón. Fue Israel quien envió a los asesinos al campamento. Pero las autoridades israelíes culparon inmediatamente a América. Nada menos que el general Rafael Eitan, jefe de personal israelí, dio una conferencia de prensa precipitada al lado del estadio de deportes donde él acusó a Morris Draper, el delegado asistente del secretario de estado americano para los Asuntos Orientales, de negar contacto entre las tropas israelíes y libanesas. Debido a que los americanos no facilitaron contactos entre los israelíes y los libaneses, los israelíes no pudieron pedir al ejército libanés que entrara en el oeste de Beirut tras la muerte de Bashir Gemayel<sup>7</sup> y se vieron obligados a preguntar a las milicias cristianas que hicieran el trabajo.

Incluso tomando este argumento seriamente, no se podría haber pasado por alto el hecho de que los israelíes habían comandado numerosas partidas del ejército libanés durante las tres últimas semanas y estaban por lo tanto en cercano contacto con las autoridades militares libanesas sin ayuda alguna de los americanos. De hecho, las tropas libanesas casi se cuadraban ante los soldados israelíes al pasar por sus puntos de control.

Sí, los israelíes lo sabían. Para entonces algunos de los soldados que estaban por Chatila – hombres decentes y honestos que no podían aceptar las cosas que habían oído e incluso visto– habían dicho a los periodistas, en confidencia, que sí, que sabían lo que estaba ocurriendo. En algunos casos admitieron que habían visto matanzas. Pero que no hicieron nada. Resultó que a las 7:30 de la mañana del viernes, 17 de septiembre, Ze'ev Schiff, el corresponsal militar del periódico israelí Ha'aretz, oyó sobre un informe de un general del ejército israelí en Tel Aviv que una “matanza” estaba ocurriendo en los campamentos. Informó a Mordechai Zippori, el ministro israelí de comunicaciones, un viejo amigo suyo. Zippori llamó a Yitzhak Shamir, el ministro de asuntos exteriores. Shamir no hizo nada tras la llamada y nunca pidió a su personal que revisara el informe sobre la masacre. Pero ¿por qué Shamir no llamó a sus compatriotas en Beirut? Si la prensa internacional en el oeste de Beirut hubiera sido informada de la masacre el viernes por la mañana –en vez de descubrirlo por ellos mismos el sábado por la mañana– quizás las matanzas podían haberse parado. Pero Schiff prefirió, en cambio, ver a su amigo el ministro israelí. Así que incluso la prensa israelí falló en cumplir con sus responsabilidades en este momento crítico.

---

<sup>7</sup> Líder de la milicia de la Falange, elegido como siguiente presidente del Líbano tras la invasión Israelí en Agosto 1982, pero fue asesinado dos semanas después.

Pero Schiff no vio realmente cómo ocurrían las masacres. No podía estar seguro de que el informe fuera verdad. Otros israelíes estaban *observando* los asesinatos, algunos de ellos desde detrás del estadio, desde las mismas posiciones que usaron para observar nuestros movimientos entre los cadáveres el sábado por la mañana.

Uno de estos hombres era el teniente Avi Grabowski, delegado comandante del ejército de tanques israelí, quien testificó en la comisión israelí de investigación que él había visto durante la masacre la matanza de cinco mujeres y niños. Entre las ocho y las nueve de la mañana del viernes, según el informe de la comisión, el teniente había visto a un grupo de falangistas golpeando a dos hombres jóvenes en el campamento de Chatila. “Los soldados [*sic*] llevaron a los hombres de vuelta al campamento, tras un rato [Grabowski] oyó unos disparos y vio a los dos soldados falangistas salir. Más tarde vio... que los soldados falangistas habían matado a un grupo de cinco mujeres y niños.” El informe de la comisión continuaba describiendo:

El teniente Grabowski quería informar del suceso a sus superiores, pero la tripulación del tanque le dijo que ya habían oído anteriormente otro tipo de comunicaciones sobre civiles siendo matados, [y] que el comandante del batallón había dicho, “Lo sabemos, no es nuestra matanza, y no interfiráis.” El teniente Grabowski vio otro caso en el que un falangista mató a otro civil.

En su testimonio a la comisión, Grabowski relató que la tripulación del tanque le había respondido aquella tarde: “Las mujeres embarazadas darán a luz a terroristas; cuando los niños crezcan se convertirán en terroristas.”

De entre las demostraciones de decencia moral que formaban parte de las defensas propagandísticas del ejército israelí, algo se había torcido, algo que resultaba peligroso y obsesivo. ¿Qué era lo que me dijo aquel teniente israelí en las colinas adyacentes a Beirut el 16 de junio? “Me gustaría verlos a todos muertos... Me gustaría ver a todos los palestinos muertos porque son una enfermedad allí donde van... Personalmente, no creo que nuestro gobierno se hará responsable por matar a un motón de ellos.” Tenía razón. Los periodistas que señalaron con certeza de hecho que, como ocupante, Israel era responsable por lo que ocurría dentro de los campamentos, fueron acusados en Jerusalén por el gobierno de Begin de cometer un “libelo de sangre” contra los judíos. “Nadie nos dará lecciones de valores morales o respeto por la vida humana, sobre cuyas bases hemos sido educados y continuaremos

educando a generaciones de luchadores de Israel,” anunció portentosamente el gobierno israelí.

Pero (...) los israelíes habían visto como tal atrocidad ocurría y no hicieran nada. Los israelíes no hubieran actuado tan vergonzosamente si las víctimas hubieran sido israelíes y no palestinas. El “respeto” israelí por la vida humana era evidentemente diferente cuando se trataba de la vida de israelíes, no palestinos. La primera era sacrosanta. La segunda, prescindible. (...)

Incluso el informe de la comisión de Kahan en 1983<sup>8</sup> fue víctima de la salvaje obsesión de los israelíes con los “terroristas.” Los israelíes presentaron el informe como una poderosa prueba de que su democracia todavía brillaba como el oro sobre las dictaduras de los otros estados de Oriente Medio.

En realidad ¿qué otra nación árabe ha publicado alguna vez un informe de este tipo, una condena de ambos su ejército y sus líderes? ¿Dónde estaba el informe del PLO sobre la intimidación en el sur del Líbano? ¿Dónde estaba el informe del presidente Assad sobre las masacres de Hama en 1982?

Pero el informe de la comisión Kahan era un documento defectuoso. El título de la investigación –“sobre los sucesos en los campos de refugiados...”– se las arregló para evitar la vergonzosa y fatal palabra “palestinos.” ¿No era esto una investigación sobre los campos de refugiados “palestinos”? Pero no se dijo eso. ¿Y por qué la comisión usó la palabra “suceso” cuando realmente se trataba de “masacre”?

Había repetidas referencias a los terroristas palestinos –supuestamente los 2.000 elusivos terroristas no descubiertos de los que Sharon había hablado en septiembre de 1982– pero los jueces no presentaron ni una simple evidencia que substanciase la alegación de que los “terroristas” existían. En realidad, los únicos terroristas en el campamento –los milicianos cristianos enviados por los israelíes– fueron respetuosamente descritos por los jueces como Falangistas, o soldados. *Soldados*.

Tres doctores extranjeros, uno de ellos judío, quién tenía amistades palestinas y observó el comienzo de la masacre, fueron justamente definidos como “carentes de especial comprensión hacia Israel.” Y aún así, la evidencia de los israelíes –que no podían tener

---

<sup>8</sup> Comisión para la investigación de los sucesos ocurridos en los campos de refugiados en Beirut, 1983, informe final de Yitzhak Kahan, presidente del Tribunal Superior israelí, Aarón Barak, Justicia del Tribunal Supremo, y Yona Efrat, General Mayor de Reserva, Fuerzas de Defensa Israelíes. [Nota del Autor]

“especial comprensión” por los palestinos– fue aceptada mayoritariamente. Incluso las evidencias de Haddad, cuyas crueles milicias acabaron con docenas de vidas inocentes en el sur libanés –incluyendo el asesinato de soldados de la ONU– fueron tratadas con respeto. Mientras que la comisión no podía descartar “la posibilidad de que... uno [*sic*] de los hombres de las fuerzas militares del Mayor Haddad se infiltrara en los campamentos,” los jueces decidieron, sin embargo, que “ninguna responsabilidad, directa o indirecta, ha de ser imputada a los comandantes de las fuerzas del Mayor Haddad.” La comisión no resaltó que los comandantes de tales fuerzas eran israelíes.

Begin, Sharon, Eitan, Drori y otros oficiales israelíes fueron condenados con varios grados de violencia. La comisión dijo sabiamente que “fue incapaz de aceptar la posición del Primer Ministro de que nadie hubo podido imaginar que lo que pasó pudiera pasar;” y tampoco aceptó que Begin no sabía absolutamente nada acerca del peligro de masacre que suponía el mandar a los falangistas a los campamentos.

Claro que no. ¿No fue éste, después de todo, el mismo Begin que dio lecciones al embajador irlandés en Israel sobre los principios del feudo de sangre libanés tras el asesinato de los soldados irlandeses de la ONU, Smallhorn y Barret, en 1978? Los jueces prefirieron no recordar esto.

La comisión Kahan afirmó que Sharon tenía “responsabilidad personal” por lo que había pasado en los campamentos y sugirió que se quitara a Begin de la oficina central. Recomendó que el General Mayor Yehoshua Saguy, el director de la inteligencia militar, fuera despedido, y puso una considerable cantidad de la culpa en Drori “sin recurso a futuras recomendaciones.” (...)

Uri Avneri, el periodista liberal israelí, definió el uso del término “terrorista” como “un crimen mediático, una excusa para el asesinato.” Era, me dijo en Tel Aviv en 1986, “un método como el nazi” para influir las mentes, un proceso de deshumanización que preparaba esencialmente para la guerra.” (...)

Al igual que los sirios, los soviéticos, los americanos y los británicos, los israelíes hacían una distinción cuidadosa entre buenos terroristas y malos terroristas. En el caso de Israel, los primeros eran solidarios con Israel y se les agradecía con menos insultantes epítetos: “milicianos,” “luchadores,” “soldados;” mientras que los otros eran culpables de los más odiosos y sangrientos crímenes, esa clase de gente que debería ser limpiada de la sociedad. (...) Cualquiera que expresara un grado de simpatía por los palestinos, era

antisemita –y por lo tanto, no solamente anti-israelí o anti-judío, sino pro-nazi. Cualquiera que sugiriera que los israelíes pudieran estar equivocados en sus formas contra los palestinos podía ser castigado de la misma forma. ¿Crees que Hitler tenía razón? ¿Estás de acuerdo con lo que ocurrió en Auschwitz? No, por supuesto que no. Si Israel llamara al PLO su enemigo, entonces Oriente Medio tendría dos grupos hostiles. Pero si el mundo creía que los palestinos eran terroristas, la disputa no existía. La batalla era realmente entre lo correcto y lo incorrecto, Israel y los “terroristas.” La tragedia de los israelíes era que se creyeron este mito.

Tveit y yo continuamos nuestras preguntas. Hablamos con los supervivientes otra vez. Oímos extrañas historias. A Foley se le dijo que un fotógrafo israelí creía que uno de las víctimas de la masacre era un superviviente de Auschwitz. ¿Sería verdad? La mujer había venido a Palestina con otros inmigrantes judíos en 1946, se había casado con un árabe, yendo al exilio con él en 1948 y asentándose en Chatila dos años más tarde. Alguien, contaba la historia, había visto su número de Auschwitz tatuado en la muñeca. Los falangistas se la llevaron, la dispararon en la cabeza y tiraron al nicho. Foley no volvió a ver al fotógrafo y no pudimos confirmar la historia.

En los años que siguieron a la masacre, volvimos cada aniversario para hablar con los supervivientes. Algunos nos dijeron que los israelíes estuvieron en el campamento durante la matanza. Algunos palestinos más ancianos pueden hablar hebreo y aseguraron que hablaron con algunos palestinos que estaban allí. ¿Entonces, estaban los israelíes allí?

Según pasaron los años, hubo más asesinatos y destrucciones en Chatila. Bombas caerían sobre los nichos masivos de las cientos de víctimas de 1982.

(...)

***Independent, 28 Noviembre de 2001***

Sana Serwasi, una de las supervivientes de la masacre de septiembre de 1982 se prepara para testificar contra el primer ministro israelí Ariel Sharon. (...) “Las fuerzas de las milicias libanesas [Falangistas] nos sacaron de nuestras casas y nos llevaron a la entrada del campamento donde había un gran agujero cavado. Se les dijo a los hombres que se metieran. Entonces, las milicias mataron a un palestino. (...) quedamos verdaderamente impresionados

al ver cómo disparaban a este hombre en frente nuestra y hubo un rugido de gritos y lamentos de mujeres. Ahí fue cuando oímos a los israelíes hablando a través de los altavoces. “Dadnos a los hombres, dadnos a los hombres.” Pensamos , “Gracias a Dios, nos van a salvar.” Resultó ser una cruel esperanza. La señora Sersawi, de tres meses embarazada, vio a su marido, de treinta años, y a su cuñado egipcio Faral el-Sayed Ahmed, entre el grupo de los hombres. “Se nos dijo que camináramos hacia la embajada kuwaití, las mujeres y los niños al frente, los hombres detrás. Se nos había separado. Había milicias falangistas y soldados israelíes caminando junto a nosotros. Todavía podía ver a Hassan y Faraj. Parecía un desfile. Éramos unos cientos. Cuando llegamos a la Cité Sportif, los israelíes no pusieron a las mujeres en una gran habitación de hormigón y se llevaron a los hombres al otro lado del estadio. Había muchísima gente de los campamentos y ya no podía ver a mi marido. Los israelíes se paseaban diciendo “sentaos, sentaos.” Eran las once de la mañana. Una hora más tarde se nos dijo que nos fuéramos. Pero nos quedamos entre los soldados esperando a nuestros hombres.”

Sersawi esperó bajo el caluroso sol a Hasan y Faraj, “Algunos hombres aparecieron, ninguno menor de 40, y nos dijeron que fuéramos pacientes, que cientos de hombres estaban todavía dentro. Eran alrededor de las 4 de la tarde, un oficial israelí salió. Llevaba gafas negras y dijo en árabe: “¿A qué estáis esperando?” Dijo que no quedaba nadie, que todo el mundo se había ido. No podíamos ver adentro. Y había jeeps y tanques y un bulldózer haciendo mucho ruido. Nos quedamos allí hasta que oscureció y nos pareció que los israelíes se iban, estábamos muy nerviosas. Cuando los israelíes se fueron, entramos. Y no había nadie allí. Nadie. Sólo había estado casada durante tres años, y nunca volvía ver a mi marido.”

Hoy, un juzgado belga comienza la vista para averiguar si el primer ministro israelí Ariel Sharon debería ser procesado por la masacre de civiles palestinos en los campamentos de refugiados de Sabra y Chatila en Beirut de 1982. (Los juzgados belgas pueden juzgar a extranjeros por crímenes de guerra cometidos en tierra foránea.) En este caso, la defensa cree que ha descubierto nuevas pruebas sobre la implicación de Israel.

Las evidencias se basan en la Cité Sportif. A sólo dos millas del aeropuerto de Beirut, el destartalado estadio valía como centro de reclusión. Había sido un vertedero de munición para el PLO de Arafat y fue repetidamente bombardeado por los cazas israelíes durante el sitio, así que parecía una dentadura de pesadilla. En la mañana del 18 de septiembre de 1982 vi a unos 1000 prisioneros palestinos sentados en sus oscuros interiores, entre el polvo. (...)

[Afuera] equipos de televisión habían venido. Uno filmó a una mujer rogando a un coronel del ejército israelí llamado “Yahya” que liberara a su marido. (El coronel ha sido

oficialmente identificado por el *Independent*. Hoy en día, es un general del ejército israelí.)

(...)

Entre los testimonios reunidos por los abogados que buscaban la acusación de Sharon está el de Wadha al-Sabeq. La mujer dijo que estaba con su familia en su casa, el día de la masacre, justo enfrente de los campamentos. “los vecinos nos dijeron que los israelíes querían sellar nuestras tarjetas de identidad, así que fuimos y vimos a ambos, fuerzas israelíes y falangistas. Se separó a los hombres de las mujeres.” Entre los hombres estaban los dos hijos de Wadha. “Nunca vi a mis hijos o a mi hermano de nuevo.” (...)

Unos días más tarde, los periodistas nos dimos cuenta de que las cuentas no salían. Sólo se habían informado de 600 cuerpos enterrados en los campamentos, pero se sabían de hasta 1.800 casos de personas desaparecidas. Asumimos –qué fácil es asumir en las guerras– que habían sido asesinados y enterrados durante los tres días siguientes a la masacre, entre el 16 y el 18 de septiembre, que sus cuerpos (...) estarían debajo del campo de golf, sospechamos. La idea de que mucha gente joven continuaba siendo aniquilada fuera de los campamentos o tras el 18 de septiembre nunca se nos ocurrió.

Al año siguiente el informe Kahan terminó con la inexplicada línea de que varios cientos de personas pueden que hayan “desaparecido” durante el mismo periodo. La comisión no entrevistó a supervivientes palestinos. (...) Una mujer palestina llamada Milanés Boutrus ha declarado como, en un camión lleno de mujeres y niños, se la llevó al pueblo de Bikfaya, donde una mujer cristinana dolorida [por el reciente asesinato del líder cristiano Bashir Gemayel] pidió la ejecución de un niño de 13 años que estaba en el camión. Se le disparó. El camión debió haber pasado al menos cuatro controles israelíes de camino a Bikfaya. (...)

Tras la guerra, las ruinas del estadio Cité Sportif fueron derrumbadas y un nuevo estadio de mármol se construyó en su lugar, en parte por los británicos. Pavarotti ha cantado allí. Pero el testimonio de lo que pueda yacer debajo de sus cimientos podía dar a Sharon otra razón para nuevas acusaciones.

**NOTAS:** En noviembre de 2004 Rafael "Rafal" Eitan, murió a la edad de 75 años, siendo jefe de personal retirado de las Fuerzas de Defensa Israelíes (IDF). Se ha estimado que los asesinatos de personas desarmadas en Chatila estaban entre los 800 y los 2.000 casos. Posteriormente al juicio, unos 400.000 israelíes salieron a las calles en protesta por tal suceso.

Ariel Sharon llegó a ser Primer Ministro Israelí hasta el 2006 (físicamente incapacitado desde el 4 de enero).